

ISSN 2007-1620

# Humanitas

Universidad Autónoma de Nuevo León  
Anuario del Centro de Estudios Humanísticos

Años 46, No. 46, Vol. III  
Enero-Diciembre 2019

*Letras*



UANL®

# **EL CUERPO HABITADO: LA LOCURA COMO EXPERIENCIA CORPORAL Y SUBVERSIVA EN EL CAMINO DE SANTIAGO DE PATRICIA LAURENT KULLICK**

**Miguel Martínez Jiménez\***  
**Doctorado en Estudios Humanísticos, ITESM**

**Resumen:** Este artículo analiza la novela El camino de Santiago, de la escritora Patricia Laurent Kullick, desde la perspectiva del cuerpo femenino como lugar de enunciación. A través del estudio de esta novela se describe cómo la noción de cuerpo, como construcción sociocultural, enmarca la experiencia del delirio, la alucinación, y las conductas de riesgo; y al mismo tiempo se analiza cómo estos pueden ser interpretados como recursos o respuestas frente a la soledad e incapacidad de adecuarse satisfactoriamente a las expectativas sociales que le son impuestas.

**Palabras clave:** cuerpo, locura, escritura, Patricia Laurent Kullick.

---

\* Doctor en Estudios Humanísticos con acentuación en Ciencia, tecnología y sociedad; se ha especializado en estudios de antropología médica.

*EL CAMINO DE SANTIAGO* (2000) narra la historia de vida de una mujer a través de imágenes retrospectivas. El título de la obra hace referencia a las famosas rutas cristianas de peregrinación que culminan en Santiago de Compostela, así como también alude al nombre de uno de los personajes que habitan a la protagonista, cuerpo en el que la razón y la locura están en constante confrontación a lo largo de una serie de experiencias de vida que pueden ser comprendidas como un peregrinaje.

Salvo la narración del éxodo que la protagonista emprende en territorio europeo, no hay mención del espacio geográfico específico en el que ocurren los acontecimientos antes y después de su regreso de Europa. Esta omisión resalta la condición del cuerpo de la protagonista como territorio en el que los eventos suceden dejando su marca y en el cual hay una constante disputa entre el deseo y la cordura, y entre las esferas de lo subjetivo y lo social. El cuerpo de la narradora es la región en la que los acontecimientos son rememorados, vivenciados y confrontados, así como la tierra en la que sus corolarios germinan. La confrontación es siempre corporal y se encuentra constantemente puesta en juego, a lo largo de la historia, a través de las vías delirantes y las conductas de riesgo que el personaje principal vivencia.

En el presente trabajo, me he propuesto analizar las maneras en cómo la noción de cuerpo como construcción sociocultural, así como el presupuesto teórico de que la existencia del ser humano es corporal, enmarcan la experiencia del delirio, la alucinación, y las conductas de riesgo que manifiesta la narradora en la novela de Patricia Laurent Kullick, y cómo estos pueden ser interpretados como recursos o respuestas frente a la soledad e incapacidad de adecuarse satisfactoriamente a las expectativas sociales que le son impuestas.

### **Locura frente a Esquizofrenia**

La protagonista de *El Camino de Santiago* es una mujer con una singular forma de ver el mundo, trazada por la experiencia de estar habitada por seres independientes y autónomos: Mina y

Santiago. La primera representa la fuerza pulsional, el deseo previo a la lógica y al lenguaje, y que la mora durante la primera etapa de su vida hasta los catorce años, cuando intenta quitarse la vida, suceso tras el cual Mina reside oculta en el cuerpo, en espera del reencuentro, el cual aparece al final del relato. El intento de suicidio trae consigo también la aparición de Santiago, voz masculina que emerge como representación de la razón, la conciencia moral y el contacto con la realidad exterior y sus normas, y personaje con el que la protagonista entabla diálogos y disputas en torno a sus recuerdos y decisiones.

El desequilibrio mental de la protagonista es una interpretación inmediata. En un estudio crítico sobre la obra, Diana Palaversich (2004) retoma la cuestión de la esquizofrenia y menciona la posibilidad de comprenderla ya sea de un modo metafórico o clínico. Con respecto a esta última manera, cabe señalar aquí que el diagnóstico psiquiátrico de esquizofrenia presenta limitaciones a la hora de intentar comprender la experiencia de la protagonista, pues los marcos epistemológico y metodológico de esta especialidad médica están limitados a reconocer los síntomas y clasificarlos con el fin de encontrar un tratamiento subsecuente. En ese sentido, la novela habría sido completamente distinta de haberse encuadrado en estos términos.

La palabra “esquizofrenia”, pertenece a un campo semántico biomédico cuyos marcos bien delimitados se reducen a una disciplina particular desde cuya perspectiva es difícil abrir líneas de interpretación literaria. La mirada del experto en padecimientos mentales en este contexto está determinada por su posición epistemológica y su técnica frente a conglomerados de síntomas positivos y negativos, así como de su conocimiento para paliarlos. Frente a esta perspectiva aparece el silencio, manifestado a través de la prioridad del experto por callar al síntoma. Este abismo silencioso que se abre entre la mirada biomédica y la experiencia subjetiva de quien sufre es ilustrado en la novela a través de la visita que hace la mujer al médico psiquiatra por recomendación de su casera en Madrid:

Empecé a llorar. Primero de miedo, luego de ira, después ya no supe. Lloré por nariz, ojos, boca. El doctor no hacía otra cosa que extender la mano y pasarme pañuelos desechables. La bola de pañuelos se hacía más grande entre mis manos, como una avalancha salida de la garganta. Quería parar de llorar. Estaba avergonzada. De pronto una alarma sonó. El doctor se paró de su silla y con una señal me pidió que lo acompañara. Llegamos hasta la recepción. Le susurró algo a una enfermera, me dio una palmadita en la espalda y dijo hasta mañana (Laurent Kullick, 2000: 68)

Al callar al síntoma se callan sus interpretaciones, no sólo las de orden clínico, sino aquellas que posibilitan escuchar tanto su costado subversivo como su relación indiscutible con la sociedad particular que lo hospeda. Dicho lo anterior, el presente análisis parte de la tradición que rescata el costado metafórico del concepto de locura, basado en su aspecto construido a nivel sociocultural, así como su potencial subversivo. Como señala la académica Veila Oikkonen (2004) en un trabajo sobre las representaciones literarias de la locura femenina, si bien dicha concepción metafórica no está exenta de críticas tanto por separarse demasiado de los hallazgos científicos en torno al tema como por lo cuestionable que resulta llamar subversión a un proceso que lleva consigo la alienación o el aniquilamiento, es de suma relevancia.

Aunque estas críticas tienen un punto importante- la locura no empodera al loco- han rechazado el estudio de la locura femenina como una metáfora cultural tal vez de un modo demasiado ávido por miedo a ignorar la realidad del enfermo mental. Mientras que es crucial reconocer el sufrimiento de estos pacientes y los aspectos fisiológicos de las enfermedades mentales, no debemos olvidar que las representaciones culturales de la locura juegan un papel significativo tanto en las propias experiencias de

enfermedad de pacientes mujeres como en las expectativas de sus sociedades<sup>1</sup> (Oikkomen, 2004: 7).

Además, en esta línea de interpretación, la locura es comprendida como un estado límite de la razón al cual todos los seres humanos somos susceptibles de llegar bajo circunstancias extremas, posición desde la que es posible trascender los terrenos de la medicina contemporánea<sup>2</sup>. Por otro lado, el término esquizofrenia es relativamente nuevo en la historia de la Medicina. Desde una perspectiva histórica, por ejemplo, aquello que hoy denominamos síntomas de un cuadro esquizofrénico o paranoico habría sido concebido de manera distinta antes de los trabajos de Pinel, Kraepelin y Bleuler. Es el contexto histórico y cultural lo que determina que la vivencia de Santiago y Mina como personajes que residen en el interior del cuerpo de la protagonista pueda ser descrita como una posesión, un cuadro esquizofrénico o un trastorno de personalidad múltiple.

El ambiente familiar en el que crece la mujer de *El camino de Santiago* encuadra la aparición de estos personajes como una

---

<sup>1</sup>Texto Original: “Although these critics have an important point – madness does not empower the mad – they have rejected the study of female insanity as a cultural metaphor perhaps too eagerly for fear of ignoring the reality of the mentally ill. While it is crucial to acknowledge mental patients’ suffering and the physiological aspects of mental illnesses, we should not forget that cultural representations of madness play a significant role both in female patients’ experiences of their own illness and in the expectations of their societies”.

<sup>2</sup> El llamado “trastorno de estrés postraumático”, de clasificación psiquiátrica, comprende una serie de síntomas que pueden ser desatados después de ser parte o testigo de un acontecimiento dramático como secuestro, abuso sexual, desastres naturales, entre otros. La demostración de “afecto aplanado”, retraining social así como la presencia de alucinaciones pueden manifestarse tal como sucede en los trastornos psicóticos y representar un reto para el diagnóstico diferencial. Como muestra, un estudio realizado con pacientes venezolanos (Medina, Rangel, Galieta, Pulido, y Sánchez, 2010) en comunidades sometidas a las acciones de grupos criminales, particularmente secuestradores y sicarios, concluye que la probabilidad de presentar cuadros psicóticos en ambientes violentos y estresantes es mayor que en circunstancias contrarias. Es decir, la posibilidad de presentar síntomas de esta índole trasciende la esfera individual, así como los límites bioquímicos y el terreno delimitado de las neurociencias.

respuesta a un medio hostil frente al cual que es difícil acomodarse. Las descripciones del padre insensible y socarrón, la madre como figura abstraída y ausente, los hermanos mayores que ya han consolidado alianzas herméticas, la hermana descrita en términos de perfección inalcanzable, dejan a la protagonista en un territorio de soledad y exclusión en medio de la cual surgen Mina y Santiago.

La primera la guía por las rutas del deseo y el placer sin concesiones, mientras que el segundo la confronta con la prudencia y la realidad exterior. La experiencia de convivencia entre esta mujer y los seres que la habitan puede interpretarse, de entrada, como la manera singular en cómo lidia con su soledad frente al mundo, así como la alternativa a la incapacidad de responder satisfactoriamente a las expectativas sociales en su devenir mujer.

### **Cuerpo construido frente a Organismo**

Las ciencias biomédicas parten de la idea de un cuerpo dividido en múltiples sistemas, órganos y tejidos. Dentro de estas divisiones, la representación de lo mental es relevante sólo en tanto es capaz de poseer un equivalente físico, de acuerdo con la escisión entre lo orgánico y lo mental que descansa en las bases epistemológicas de la ciencia moderna. Con respecto a la locura, entonces, el conocimiento biomédico se limita a reducir el fenómeno a factores de orden bioquímico o genético. La esquizofrenia adquiere sentido en tanto las investigaciones apuntan a los genes y a los neurotransmisores, ya sea resaltando las respuestas positivas ante tratamientos farmacológicos, o bien las diferencias entre los encéfalos de sujetos sanos y enfermos.

Otra división fundamental en el discurso biomédico es aquella que sustrae al sujeto de su propio cuerpo. Los avances en anatomía y fisiología en la ciencia moderna fueron posibles gracias a esta separación desde la cual pudo operarse sobre el cuerpo considerándolo sólo como objeto de estudio. La objetivación de los cuerpos implicó necesariamente la marginación de la subjetividad como material irrelevante.

Esta división moderna y occidental es palpable en nuestras sociedades, en las que es posible hablar de “nuestros cuerpos” concebidos como posesiones o como objetos separados del sujeto de la experiencia. Si el organismo humano, en tanto objeto de estudio de la ciencia, es universal y divisible, la historia de vida, las significaciones culturales, el papel del lenguaje y el inconsciente son asuntos que competen a otras disciplinas, como la sociología, el psicoanálisis o la antropología.

El psicoanálisis despliega interpretaciones diferentes a este esquema en tanto sus métodos conceden una importancia transcendental a la escucha del testimonio del paciente y parten de una concepción de cuerpo totalmente distinta. Desde las primeras elucidaciones de Sigmund Freud, pasando por las aportaciones de Jacques Lacan, los postulados psicoanalíticos han atendido a un cuerpo erótico, subjetivo, atravesado por las vicisitudes, entrecruces y conflictos del inconsciente, el deseo y el lenguaje. Para el psicoanálisis el punto de partida no es la división del cuerpo transformado en objeto, sino las divisiones del sujeto, entre lo consciente y lo inconsciente, entre su voluntad y su síntoma, entre la fuerza de su deseo y las restricciones socioculturales que le han sido asignadas y le preceden.

El sociólogo y antropólogo francés David Le Breton (2008) señala que la modernidad se caracteriza por la interacción de nociones divergentes sobre el cuerpo. A pesar de la legitimidad y la oficialidad del discurso científico, en las sociedades industrializadas existe una pluralidad de discursos sobre el cuerpo que se manifiesta a través del quehacer de distintas disciplinas y del mercado.

Actividades como el yoga, la meditación, el ejercicio rutinario o la práctica médica (ya sea tradicional, alternativa o alópata), incluso el psicoanálisis, son parte del panorama urbano contemporáneo y sustentan su praxis en nociones de cuerpo divergentes. La forma en cómo la protagonista de *El camino de Santiago* describe su experiencia da cuenta de la convivencia



entre una noción de organismo plagada de significantes propios del discurso científico y la experiencia singular de saberse habitada, incluso poseída, por seres autónomos.

La novela es narrada a través de recuerdos que son representados en imágenes y filminas. La narradora experimenta el acceso a estas imágenes a través del filtro de Santiago, quien las colecciona y controla. Esta vivencia parte de una representación del cuerpo atravesada por el conocimiento de la ciencia moderna que asocia mente y memoria con encéfalo y neuronas. Las representaciones que la protagonista tiene del interior de su cuerpo, casa de Santiago, condensan informaciones anatómicas y fisiológicas con la metáfora del cuerpo como un territorio habitable, descritas en frases como “las rutas encefálicas” que albergan a Santiago (2000: 7), o “intuyo su presencia enroscada en algún túmulo neuronal”. (2000: 8)

Una concepción antropológica del cuerpo contraria a las escisiones ya mencionadas, subraya la unidad del sujeto y su cuerpo, en un sentido fenomenológico, desde la cual puede sustituirse la frase *yo tengo un cuerpo* por la de *yo soy mi cuerpo*. En ese sentido, las vivencias tradicionalmente pensadas como parte de la esfera mental, como los sueños, el sufrimiento moral o la memoria, poseen un escenario indudablemente corpóreo. Por otro lado, la propia existencia humana es corporal y el cuerpo una construcción inacabada que responde a las normas y presupuestos culturales que rodean al sujeto en su devenir y, como tal, no puede separarse de la esfera del lenguaje. Esta concepción tiene implicaciones importantes en el análisis de un fenómeno humano como la locura, como me he propuesto comentar a continuación.

### **El delirio encarnado**

Vislumbrar el cuerpo como construcción implica reconocer el papel fundamental del lenguaje tanto en dicha construcción como en la experiencia corpórea. Del mismo modo, el delirio y la alucinación son fenómenos humanos en tanto se encuentran dentro de la palabra. En esta línea de interpretación, es

importante partir de lo señalado por Fernando Colina (2001), médico psiquiatra versado en psicoanálisis, sobre las disipadas fronteras entre los conceptos de delirio y alucinación. Por lo regular se tiende a diferenciar estos síntomas partiendo de que el delirio es una idea y la alucinación una percepción sin objeto en la realidad. Un primer problema que emerge de esta división es que las ideas pueden llegar a ser alucinatorias si, por ejemplo, sus elementos sensoriales o contenidos perceptivos son sumamente intensos. El segundo problema es la imposibilidad de acceder a la alucinación sin la representación atravesada por la palabra (Colina, 2001: 64).

De acuerdo con lo anterior, la representación que la narradora hace de Santiago a lo largo del texto está plagada de imágenes concretas a las que el lector accede de inmediato y que pueden ser juzgadas, en un contexto clínico, como alucinaciones. Tal es el caso de la descripción que nos presenta a Santiago:

Era pura dermis. Su único ojo es una espiral de carne latiendo, bombeando sangre. Santiago parece una canica de hígado, con extremidades rojas, escurrientes. Su boca es apenas un punto hecho con un alfiler. Nos miramos largo rato. Aceleró el pulso de su propia mole y en cada latido dejaba escapar un vaho negro que me fue cubriendo toda la vista. Solté un grito y trepé por un coágulo que se levantaba como una montaña a su lado (Laurent Kullick, 2000: 76)

Al mismo tiempo, el planteamiento que sustenta a la novela, que da vida a Santiago, y que no puede pertenecer a otro registro que al verbal, es en sí mismo un delirio: la idea de un ente autónomo que reside en el cuerpo. Sin embargo, en medio de todo este paisaje delirante, Santiago se iza como la voz de la razón y la cordura, en un escenario que supera su aparente contrasentido para proclamar una verdad: la verdad que le es propia a la protagonista y que el lector sigue y concede.

Respecto a la fusión paradójica que encontramos en la novela entre sabiduría y locura, sobre la que hace mención Jaime

Villarreal (2008), considero importante añadir y rescatar una posición distinta en torno a temas como el delirio y la verdad. El saber y la demencia no son necesariamente polos contrarios en tanto el delirio da cuenta de un saber singular, tan singular, que quien delira se enfrenta al abismo de la soledad al cual lo empuja su certeza. “El delirio, a la postre, representa más un límite de la razón que una pérdida de la misma”. (Colina, 2001: 19)

En ese sentido el encuentro entre razón y locura tiene lugar en el cuerpo de quien delira:

La apariencia verbal del delirio, que nos incomoda o subyuga por su exceso verbal, su incoherencia o su implacable deducción, no puede ocultarnos que el delirio está encarnado y que en su desdichada aventura el psicótico se ha jugado hasta la piel o, mejor dicho, es la piel, su envoltura corporal, lo primero que ha expuesto y arriesgado. (Colina, 2001: 57)

El delirio cuenta con su propia lógica argumentativa que expresa la certeza singular que vive sólo, y solo, aquel que delira. Para la mujer sin nombre que nos habla en la novela de Laurent Kullick, Santiago es una entidad independiente, con quienes capaz de discutir en torno a sus acciones, pues él encarna la represión de los deseos y la negociación con el mundo exterior con el fin de ser aceptado socialmente. A través de él, cuyo centro es el miedo al rechazo, ella aprende a funcionar en la medida de lo que se espera de ella como hija, como esposa, como amante. Ante la incapacidad natural para hacerlo por sí misma, él figura como vigía que orienta el curso de sus actos, desde sus hábitos relacionados con la salud hasta su relación con los otros, incluso a través de un plan deliberado y de la imitación de las conductas aceptables de quienes la rodean.

La vívida presencia de Santiago manifiesta ya una solución singular a la soledad de la existencia, la cual puede ser comprendida como un viaje, pensando en el título de la obra. El

acto de viajar, sobre todo el de peregrinar, implica no sólo el encuentro con las limitaciones del cuerpo, sino con la soledad y la introspección. Santiago es, de entrada, una solución frente a la angustia de dicho peregrinaje, el de la vida, pero al mismo tiempo, representa el papel de ancla, de resistencia ante el cambio y la novedad. Por otro lado, encontramos el viaje que la protagonista hace hacia Europa y en el que las batallas con este ser interior se intensifican y materializan en sus crisis, las cuales terminan por regresarla a su tierra natal. Santiago es la voz que restringe, el polo estático que se opone al movimiento y al curso libre del deseo. De algún modo, es él quien triunfa cuando la mujer retorna al seno familiar y comienza una relación de pareja estable y convencional.

Sólo es posible aproximarse a la alucinación del otro por medio de su narración. El que alucina da cuenta de aquello que percibe a través del uso de la palabra. En el momento en que la alucinación pasa por el filtro del lenguaje las fronteras con el delirio se disipan. De este modo, el relato de Laurent Kullick nos lleva de la mano por los cruces entre el delirio, la alucinación y la realidad. Importa rescatar la verdad en el delirio y cómo dicha verdad se encuentra encarnada en quien delira. Esta paradoja se encuentra presente en el episodio en Londres que vivencia la protagonista y su encuentro con Reginald, personaje que la auxilia en un momento de suma vulnerabilidad. La descripción del recuerdo está cargada de corporalidad: el intenso frío de la intemperie, el cansancio de las largas caminatas, la fogata y el agua caliente, el pan y el té, el calor y la proximidad erótica de otro cuerpo, los ruidos de la ciudad, la sensación de unidad con el exterior en su recorrido a pie.

No sé cuántos días anduve las calles de Londres. Me había integrado a la geografía sin ninguna memoria ni cámara fotográfica. Yo era la neblina. El frío. Las cúpulas. El mesero que me atendía. El cuerpo que comía felizmente. La campanilla que sonaba al salir del restaurant. El humo del café en un vaso desechable. Las olas del crucero sobre el Támesis. La banca. El cuerpo

que se sentaba, se veía los zapatos deshechos. El aliento que atrapa entre las manos para calentarlas. (Laurent Kullick, 2000: 79)

La posterior aseveración que el personaje hace sobre la falsedad de este suceso sorprende al lector. La frase “yo no estuve en Londres, sólo en España” (2000: 96) parece revelar la toma de conciencia en retrospectiva de un episodio alucinatorio, y delirante, producto de una de sus crisis. Sin embargo, esta revelación pone en evidencia las relaciones que el delirio mantiene con la verdad, así como la ficción presente en toda narración donde está en juego el papel de la memoria. La confusión entre recuerdos “reales” y delirio tiene a la certeza y la corporalidad como común denominador. Ya sea interpretando el episodio en Londres como delirio o realidad, el cuerpo ha sido escenario y protagonista en la narración de un vívido recuerdo. El incidente despliega con amplitud la convicción en el delirio y sus efectos como experiencia corporal a través del insustituible recurso literario.

### **La locura como respuesta subversiva**

Sobre la relación de la protagonista con Santiago y Mina, el discurso clínico en psiquiatría contemporánea apuntaría a una disociación, o quizá a un trastorno de múltiple personalidad, clasificaciones dentro de las cuales sería imposible comprender la riqueza poética de la historia a través de lo que la protagonista cuenta respecto de su experiencia. En contraste, una perspectiva psicoanalítica estaría orientada a privilegiar la escucha del testimonio del sujeto con el fin inicial de relacionar el papel de estos personajes con su historia particular de vida.

Es evidente que con estos personajes que habitan su cuerpo, y por lo tanto su existencia, la protagonista nunca se encuentra del todo sola, salvo cuando es capaz de sustraerse del mundo, tanto interior como exterior, a través de un recurso que es percibido como un abismo peligroso al que puede acudir en situaciones extremas de agobio. El delirio, entonces, puede ser comprendido como “una ortopedia a menudo crucial para algunos seres

humanos”. (Colina, 2001: 74) Sin embargo, puede simbolizar también una sublevación ante la abrumante incapacidad de adaptarse a aquello que se espera de uno.

La protagonista de *El camino de Santiago* posee pocas habilidades sociales y recursos para desempeñar el papel tradicional de mujer adulta en la sociedad en la que crece. En contraste, cuenta con un mundo interior rico, lleno de imágenes y habitado por estos seres autónomos, uno de los cuales le provee de información y método para adaptarse a dichas expectativas por medio de la imitación que practica desde sus primeros años, no sin algunos episodios de insubordinación.

Del mismo modo que caer en un psicologismo en la interpretación de la obra sería sumamente reductivo, es recomendable la cautela para no hacer lo mismo dentro de un terreno sociológico. Sin embargo, la novela despliega elementos dignos de analizarse desde esta perspectiva orientada en el cuerpo. Las fórmulas que el personaje sigue dentro del llamado “Plan Santiago” son, como señala Palaversich (2004), métodos de simulacro y performance cuyo objetivo es encajar dentro de una imagen esperada por la esfera social, que revelan la cualidad del género como constructo social así como su condición performativa.

En este marco, señala la autora, la adaptación simulada es completamente corporal, al estar basada en las actitudes, posturas y hábitos de quienes forman parte de su entorno.

Siempre flotante, sin poder hacer tierra y convertirme en mí misma, repaso los gestos de los otros cuerpos [...] Mi hermana y mis hermanos fueron excelentes muestras de lo que puede ser un cuerpo. (2000: 11)

Por otro lado, el “Plan Santiago” es también una respuesta al vínculo social inmediato, representado por su familia, y las expectativas depositadas en ella.

Un tema que se ha vuelto objeto de estudio interdisciplinario en las ciencias sociales y humanas es el de las llamadas conductas de riesgo, que son acciones en donde los sujetos

ponen en juego su integridad corporal y, por lo tanto, su vida misma. Sobre este asunto, David Le Breton (2013) y otros autores, parten de que dichas conductas responden a un deseo repentino de cuestionar el valor de la existencia poniéndola a prueba y, en ese sentido, no son apelaciones a la muerte sino a la vida. Confrontar a la muerte, de manera real o simbólica, en modos conscientes o inconscientes, implica un intento por encontrarle sentido a la existencia cuando éste no puede ser hallado en otras circunstancias.

Dicho autor ha destacado cómo estos llamados al peligro tienen una relación con las diferencias en las construcciones de género. Así, las conductas de riesgo típicamente masculinas tienden a usar medios que apuestan la integridad física de manera más radical, en un abanico amplio de acciones que incluyen los actos de violencia física, la delincuencia o la conducción de vehículos a altas velocidades, en las cuales la puesta en juego de la virilidad ante la mirada de los pares juega un papel preponderante. Por su parte, el sufrimiento de las mujeres suele ser más interiorizado y sus conductas de riesgo, solitarias.

Las chicas hacen de su cuerpo una caja de resonancia de su relación dolorosa con el mundo: náuseas, vómitos, depresiones, dolores difusos, pérdidas de conciencia, espasmofilia, tetania, aislamiento, escarificaciones, pensamientos suicidas, problemas del sueño, pesadillas, etc. Los dolores de estómago o dolores de cabeza, notablemente, a menudo acompañan a las tensiones dentro de la familia, ahí donde la gente se “calienta la cabeza”. Ellos traducen el hecho de estar incómodo en su piel, de no reconocerse en su cuerpo. (Le Breton, 2013: 142)<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> «Les filles font de leur corps une caisse de résonance de leur relation douloureuse au monde : nausées, vomissement, dépressions, douleurs diffuses, pertes de conscience, spasmophilie, tétanie, isolement, scarifications, ruminations suicidaires, troubles du sommeil, cauchemars, etc. Les maux de ventre ou de tête, notamment, accompagnent souvent les tensions à l'intérieurs de la famille, là où l'on

El personaje de *El camino de Santiago* se expone a lo largo de la narración a diversas conductas donde el riesgo es la médula. La principal, que es la que origina la entrada de Santiago en su vida, es la tentativa de suicidio. La falta del reconocimiento de sí misma en el cuerpo que se construye a través de las vías selectas que el medio impone puede estar acompañada de elevadas dosis de angustia que pueden desembocar en el deseo de aliviarse por medio de la muerte. No obstante, una lectura distinta da lugar a la necesidad de llevar el cuerpo a sus límites extremos involucrando una invocación al sentido de vivir y al lugar que se ocupa frente a los otros. El intento de suicidio de la protagonista es frustrado por la entrada de los padres al rescate y el movimiento que ello genera respecto de su lugar en la familia.

Pero hay otras formas de poner la carne en juego. Las sociedades industriales contemporáneas están basadas en la denegación del cuerpo, que se manifiesta en acciones cotidianas como aquellas evasiones que son resultado del prejuicio ante el contacto físico con el otro (Le Breton, 2008). Santiago reprende a la protagonista en su afán de mostrarle la importancia de adaptarse a esta regla tácita social sobre el control de los impulsos y el contacto con los otros: “No se puede ir por la calle abrazando gente. Tampoco debes besar a los muchachos del equipo de baloncesto. Tienes que reprimirte, de otra forma nadie te va a querer.” (Laurent Kullick, 2000: 18)

Los consejos de Santiago la llevan a conocer y seducir a Vicente, personaje violento con el que la narradora inicia una relación tormentosa en la que el riesgo de salir severamente herida está siempre latente y llega a hacerse manifiesto por medio del golpe, la violación y otras agresiones. El acto sexual, por ejemplo, desemboca en un trance en el que su cuerpo es expuesto y usado por su compañero independientemente de su voluntad, en un vínculo donde “la vaselina se convirtió en artículo de primera necesidad.” (2000: 34).

---

se « prend la tête ». Ils traduisent le fait d’être mal dans sa peau, de ne pas se reconnaître dans son corps. »



En este episodio de su vida, ella se encuentra atrapada en una relación de la cual es difícil salir bien librada, toda vez que la carne está puesta en juego, y su integridad al límite, a cada momento hasta el día de su liberación, que llega cuando finalmente su ira acumulada se manifiesta y asusta a su compañero. Esta imprevista expresión de ira, trae consigo la descripción de la interiorización del sufrimiento, que Le Breton considera como un mecanismo frecuentemente femenino, que al no ser capaz de ponerse en palabras se posa en el cuerpo:

Salgo acalambrada, con la saliva azufrosa y la mente perdida en el mapa cerebral buscando cerrar aquella grieta que aún me tiene crispada. En el taxi recojo el veneno de cada una de las partes del cuerpo hasta acumularlo todo en una duna amarga que apilo en la boca del estómago. Llego a mi casa doblada por el dolor. Mi madre me abraza. Tardó días en salir de cama y visitar al doctor. Muchos antiácidos. Pastillas para conciliar el sueño. Dos muelas inexplicablemente pérdidas, sueltas, dejándose columpiar a capricho de mi lengua. (Laurent Kullick, 2000: 40)

Tras su rompimiento con Vicente, la narradora emprende el viaje a Europa. En este nuevo escenario encontramos un hallazgo erótico con otro hombre, el cual llamaré subversivo. El encuentro de la protagonista con Refugio Vidal, personaje que a todas luces sufre de una enfermedad potencialmente contagiosa, es una subversión frente a estas imposiciones. El conflicto entre la voz racional, de la conciencia moral y la mesura, que representa Santiago, y sus propios deseos es lubricado por medio de la ingesta de alcohol, pues con éste ella es capaz de aplacar el enfado de aquél y dejarse llevar cediendo al riesgo de contagio por medio del contacto entre ambos cuerpos.

Además, el encuentro íntimo con este ser abyecto, aderezado con un toque de compasión por parte de la protagonista que asocia el momento con el recuerdo de un gato agusanado, es un acto subversivo frente a los esquemas sociales en torno a la belleza, lo estético y el cuerpo erótico masculino. Auxiliada por

los efectos del alcohol, la protagonista se lanza a los brazos del cuerpo lacerado en vez de rechazarlo, aunque el asco aparezca y ella obtenga de la situación una ventaja posterior. Por otro lado, la búsqueda de estados de embriaguez es considerada por sí misma como una conducta de riesgo no sólo por las consecuencias orgánicas sino por su papel como catalizador de conductas sexuales peligrosas o como inhibidor de medidas precautorias.

Las confrontaciones con Santiago parecen culminar con la victoria de éste. El regreso a la tierra natal después de una serie de crisis y desequilibrios permiten concluirlo. A su retorno, la protagonista encuentra a Lucio, personaje que condensa lo mejor de sus parejas anteriores y con el cual puede desempeñar el papel de esposa y compañera siguiendo el orden del performance de aquello que se espera de ella en el plano social. No obstante, esta entrada a la normalidad introduce el fastidio de la cotidianidad y la rutina.

Esta vez, es Santiago el que se rebela y la confronta con esta nueva etapa de su vida en la que ya no es ella misma, auténtica. Este viraje puntualiza el efecto de las contradicciones y ambigüedades entre los deseos y las expectativas sociales e individuales que se inscriben en el cuerpo. Al yacer en una cama de hospital, la viajera que nos habla en la historia declara su fatiga e incompetencia para seguir andando en esas condiciones.

### **Conclusiones**

Tanto el nombre de la protagonista como el espacio geográfico que la alberga son omitidos en la narración. Estas omisiones poseen una poderosa fuerza significativa. La individualidad sometida o aplastada por las expectativas familiares y sociales, las apariencias y los esquemas establecidos callan al nombre propio. La importancia de la voz de Santiago y la fuerza de su voluntad, a pesar de las batallas y confrontaciones, imponen su nombre a la novela. Por su parte, la omisión del lugar de origen hace del cuerpo de la narradora el territorio geográfico donde suceden los eventos, sean estos memoria, verdad o delirio.

Una lectura alternativa al dualismo que sustenta el discurso biomédico en torno a los padecimientos mentales y a la posición del sujeto frente a su cuerpo, implica comprender fenómenos como el dolor, el sufrimiento y la locura desde el orden de lo corpóreo, mas no de un cuerpo que se posee como objeto divisible, sino del cuerpo que se es y en el cual se inscribe la existencia. *El camino de Santiago* de Patricia Laurent Kullick despliega elementos en su narración que ilustran esta circunstancia. Las fronteras que dividen al delirio, la memoria, la realidad, la razón, la locura, la vida y la muerte están trazadas en el mapa territorial del cuerpo humano, comprendido como una construcción y no como una entidad de naturaleza enteramente biológica.

Trascender la comprensión de la locura como patología, y apuntar a una interpretación que tome en cuenta su potencial metafórico en relación con el entorno sociocultural e histórico que la moldea, encuentra en el análisis de su dimensión corporal fructíferas posibilidades. La locura, entendida como el límite de la razón a la que cualquier ser humano puede verse empujado en circunstancias concretas, tiene a su vez un potencial subversivo difícil de ignorar y manifiesto a través de su constante desafío a la lógica racional, a la medida, la precaución y la prudencia, así como a lo establecido como correcto y esperado en el medio sociocultural.

La construcción del cuerpo humano es siempre inacabada, y se moldea en gran medida a través de las expectativas sociales que lo van orientando, las cuales muchas veces son discordantes o no dejan margen para la diferencia subjetiva. El final de la novela da cuenta del constante conflicto que lleva consigo intentar responder a estas demandas. Para Palaversich (2004) este desenlace es interpretado como un peregrinaje que concluye con la domesticación de la mujer por parte de un régimen patriarcal.

Sin embargo, la última de las crisis de la protagonista puede ser vista también como subversión frente a la conciencia de estar actuando un papel ajeno a sus propios deseos e inclinaciones y

como un paro frente a condiciones tan contradictorias, una protesta corporal que incluso deja fuera a Santiago y lo que éste representa. Sin duda, este tema es espinoso, pues es sumamente complicado hablar de protesta cuando la integridad corporal y la propia existencia son las que se ponen en riesgo. ¿Qué objeto tiene la protesta si ésta trae consigo el aniquilamiento? Quizás la imagen de la autoinmolación, como su extremo, ilustra el papel del cuerpo como máximo escenario donde caben también la insubordinación y la resistencia.

## **Fuentes consultadas**

### **Bibliográficas**

- Colina, F. (2001). *El saber delirante*. Madrid: Síntesis.
- Laurent Kullick, P. (2000). *El camino de Santiago*. Monterrey: Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Nuevo León.
- Le Breton, D. (2008). *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- \_\_\_\_\_. (2013). *Conduites à risque. Des jeux de morte à jeux de vivre*. Paris: PUF.
- Medina, O., Rangel, N., Galiotta, C., Pulido, L., & Sánchez, N. (Julio- Septiembre de 2010). “Prevalencia de trastornos psicóticos en comparación con trastornos no psicóticos en una población de pacientes de Venezuela sometida a estrés”. *Revista Colombiana de Psiquiatría*, 39(3).
- Oikkonen, V. (2004). *Mad embodiments: Female Corporeality and Insanity in Janet Frame's Faces in the Water and Sylvia Plath's The Bell Jar*. The Electronic Journal of the Department of English at the University of Helsinki, 3.
- Palaversich, D. (2004). *El Camino de Santiago y la esquizoescritura de Patricia Laurent Kullick*. Ciberletras.
- Villarreal, J. (2008). *La razón vacía: El Camino de Santiago de Patricia Laurent Kullick*. Replicante.